

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

EL TEMPLO
DE LOS VIENTOS



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

4

EL TEMPLO
DE LOS VIENTOS

minotauro

La Espada de la Verdad nº 04/17 El Templo de los Vientos

Temple of The Winds (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 1997 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joana Claverol

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Diseño de cubierta: Coverkitchen
Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1653-4
Depósito legal: B. 11.910-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



Permitid que lo mate —pidió Cara. Sus botas repicaban como dos mazos de piel sin curtir contra el suelo de mármol pulido. Las flexibles botas de piel que calzaba Kahlan por debajo del elegante vestido largo y blanco de Confesora resonaban suavemente contra la fría piedra, mientras trataba de mantener el paso sin echar a correr.

—No.

Cara continuó impassible, con los ojos azules clavados en el ancho corredor que se abría ante ellas y que se perdía en la distancia. En el siguiente cruce se encontraron con una docena de soldados d'haranianos con uniforme de cota de malla y cuero, armados con sencillas espadas o hachas de guerra en forma de media luna colgadas del cinto. Pese a llevar las armas envainadas, mantenían las manos sobre las empuñaduras de madera en actitud vigilante y escrutaban las sombras que se creaban en los huecos de las puertas y entre las columnas situadas a ambos lados. Solamente interrumpieron la vigilancia para saludar con una rápida inclinación de cabeza a Kahlan.

—No podemos matarlo —explicó Kahlan—. Necesitamos respuestas. La mord-sith alzó una ceja. Su mirada era de un gélido azul.

—Oh, yo no he dicho que no nos daría las respuestas antes de morir. Cuando termine con él, responderá a cualquier cosa. —Por el armonioso rostro de Cara aleteó una sonrisa amarga—. En eso consiste el trabajo de una mord-sith: obtener respuestas... —hizo una pausa sonriendo de nuevo, esta vez con satisfacción profesional— antes de que los interrogados mueran.

Kahlan exhaló un suspiro.

—Cara, ése ya no es tu trabajo, ni tampoco tu vida. Ahora tu tarea consiste en proteger a Richard.

—Justamente por eso deberíais dejar que lo matara. No podemos arriesgarnos a que siga con vida.

—No. Antes debemos averiguar qué está pasando, y no lo lograremos si actuamos como tú dices.

La sonrisa de Cara, pese a ser forzada, volvió a desaparecer.

—Como vos digáis, Madre Confesora.

Kahlan se preguntó cómo habría conseguido Cara embutirse en el ceñido traje de cuero rojo tan de prisa. Al menor signo de problemas, al menos una de las tres mord-sith aparecía como salida de la nada vestida de cuero rojo. Como no se cansaban de explicar, era rojo para que no se viera la sangre.

—¿Estás segura de que ese hombre ha dicho eso? ¿Han sido ésas sus palabras?

—Sí, Madre Confesora, son sus palabras exactas. Deberíais dejarme que lo matara para evitar la menor posibilidad de que llegue a cumplirlas.

De nuevo, Kahlan no hizo caso de la petición y continuó recorriendo apresuradamente el pasillo.

—¿Dónde está Richard?

—¿Queréis que vaya a buscar a lord Rahl?

—¡No! Sólo quiero saber dónde está por si acaso surgen problemas.

—Yo diría que ya han surgido.

—Has dicho que unos doscientos soldados d'haranianos lo apuntan con sus armas. ¿Qué problemas puede crear un hombre con tantas espadas, hachas y flechas dirigidas contra él?

—Mi anterior amo, Rahl el Oscuro, sabía que el acero solo no siempre conjura el peligro. Por eso siempre tenía cerca una mord-sith lista para entrar en acción.

—Rahl el Oscuro era un ser malvado que asesinaba a personas sin molestarse en comprobar antes si realmente representaban un peligro para él. Richard no es así, y yo tampoco. Sabes perfectamente que si la amenaza es real, no dudo en eliminarla. Pero si ese hombre es más de lo que parece, ¿por qué se encoge tímidamente delante de todo ese acero? Además, como Confesora que soy, no estoy indefensa, ni mucho menos ante amenazas que las armas convencionales no puedan detener.

»No perdamos la calma ni nos precipitemos, pues podríamos equivocarnos en nuestro juicio.

—Si no creéis que ese hombre sea peligroso, ¿por qué os apresuráis tanto?

Kahlan se dio cuenta de que iba medio paso por delante de Cara; aflojó la marcha y adoptó un paso enérgico.

—Porque estamos hablando de Richard —dijo casi en un susurro. Cara sonrió.

—Estáis tan preocupada como yo.

—Claro que sí. Pero, por lo que sabemos, si ese hombre resulta ser más de lo que aparenta y lo matamos, podríamos caer en una trampa.

—Es posible. Sin embargo, ése es el propósito de una mord-sith.

—Bueno, ¿dónde está Richard?

Cara cogió el cuero rojo a la altura de la muñeca y tiró hacia ella para enfundarse mejor el guantelete, al mismo tiempo que doblaba la muñeca. De una fina cadena de oro que llevaba en la muñeca derecha le colgaba el agiel. Aunque no parecía ser más que una inocente barra de cuero rojo apenas más ancha que un dedo, en realidad se trataba de una temible arma que la mord-sith tenía siempre a mano. Kahlan llevaba una similar colgada del cuello, aunque en sus manos no era un arma. Se lo había regalado Richard como símbolo de todo el dolor y el sacrificio que ambos habían soportado.

—Está fuera, en uno de los jardines privados de detrás de palacio. Ese que está por ahí. —Cara señaló por encima del hombro—. Raina y Berdine están con él.

Kahlan se sintió aliviada al oír que las otras dos mord-sith lo vigilaban.

—¿Tiene algo que ver con la sorpresa que me prepara? —preguntó.

—¿Qué sorpresa?

—Vamos, Cara. Estoy segura de que te lo ha contado —repuso Kahlan, risueña.

—Pues claro que me lo ha contado —replicó a su vez Cara, echándole una mirada de refilón.

—Entonces dime qué es.

—Me advertió que no contara nada.

Kahlan se encogió de hombros.

—No le diré que me lo has dicho.

Cara lanzó una carcajada que, al igual que su sonrisa anterior, no era de alegría.

—Lord Rahl tiene un talento especial para descubrir cosas, sobre todo aquellas que una intenta ocultarle.

Tenía razón, y Kahlan lo sabía.

—Bueno, ¿y qué está haciendo en el jardín?

—Actividades al aire libre —respondió Cara, algo tensa—. Ya conocéis a lord Rahl: le gusta hacer cosas al aire libre.

Kahlan echó un vistazo hacia atrás y vio que la mord-sith tenía la cara casi tan roja como el traje que llevaba.

—¿Qué clase de cosas?

Cara carraspeó acercándose la mano a la boca.

—Está domesticando ardillas listadas.

—¿Que qué? No te he oído bien.

Cara hizo un ademán de impaciencia.

—Lord Rahl ha dicho que las ardillas han salido a comprobar si ya ha llegado el buen tiempo, y las está domesticando. Les está dando semillas —explicó, soltando un resoplido.

Kahlan sonrió al pensar que Richard, el hombre al que amaba, el hombre que había tomado el mando de D'Hara y que tenía a la mayor parte de la Tierra comiendo de su mano, pasaba la tarde enseñando a comer de su mano a ardillas listadas.

—Bueno, dar semillas a las ardillas me parece una diversión inofensiva.

Cara volvió a flexionar el puño armado mientras pasaban rápidamente entre dos guardias d'haranianos.

—Lord Rahl les está enseñando a comer en la mano de Raina y Berdine —dijo hablando entre dientes—. ¡Y las dos se reían! —Cara lanzó una expresión de mortificación hacia el techo y alzó ambas manos. El agiel le pendía de la cadena de oro que llevaba en la muñeca—. ¡Dos mord-sith... riendo!

Kahlan tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Cara se echó hacia adelante la larga trenza rubia, que le cayó sobre el hombro, y empezó a acariciarla de un modo que despertó en Kahlan el inquietante recuerdo de Shota, la bruja, acariciando a sus serpientes.

—Bueno —dijo Kahlan, tratando de calmar la indignación de Cara—, es posible que no lo hagan por voluntad propia. Ambas le deben obediencia. Quizá Richard se lo ordenó, y ellas simplemente obedecen.

Cara la miró incrédulamente. Kahlan sabía que cualquiera de las tres mord-sith defendería a Richard hasta la muerte; ya habían demostrado que estaban dispuestas a dar la vida por él sin dudarlo. No obstante, pese al vínculo mágico que las unía a él, tampoco dudaban en desobedecer sus órdenes si consideraban que eran triviales, imprudentes o sin importancia. Kahlan suponía que era así porque el mismo Richard las había liberado de los rígidos principios de su oficio, y a ellas les encantaba ejercer esa libertad. Rahl el Oscuro, su anterior amo y padre de Richard, las habría matado sólo por sospechar que pensaban en desobedecer sus órdenes por triviales que fuesen.

—Cuando antes os caséis con lord Rahl, mejor. Entonces, en vez de enseñar a las ardillas a comer de la mano de unas mord-sith, será él quien coma de la vuestra.

Kahlan emitió una risa cadenciosa y suave al imaginarse como esposa de Richard. Pronto, muy pronto.

—Richard será mi esposo, pero ya puedes irte haciendo a la idea de que no comerá de mi mano. No es eso lo que quiero.

—Si recuperáis la sensatez, acudid a mí y os enseñaré. —Cara centró su atención en los soldados d'haranianos, que permanecían en actitud alerta. Por todas partes corrían hombres armados que no dejaban pasillo sin registrar ni puerta sin abrir. Sin duda, eso se debía a la insistencia de Cara.

—Egan también está con lord Rahl. No creo que le ocurra nada mientras nosotras nos ocupamos de ese hombre.

El regocijo de Kahlan se desvaneció.

—¿Cómo es posible que haya entrado? ¿Entró con los peticionarios?

—No —negó Cara, adoptando de nuevo el gélido tono de una mord-sith—. Pero pienso averiguarlo. Por lo que he podido saber, simplemente se acercó a una patrulla de guardias cerca de las cámaras del consejo y pidió ver al amo de D'Hara, como si lord Rahl fuese un simple carnicero al que cualquiera puede ver para comprarle un trozo de cordero.

—Fue entonces cuando los guardias le preguntaron para qué quería verlo, ¿no es eso?

Cara asintió.

—Creo que deberíamos matarlo.

Kahlan sintió un escalofrío que le subió serpenteando por la espalda cuando se dio cuenta de que Cara no era solamente una guardaespaldas agresiva que no tenía ningún escrúpulo en derramar sangre ajena, sino que tenía miedo. Tenía miedo por Richard.

—Quiero saber cómo ha entrado. Apareció frente a una patrulla dentro del palacio. No debería haber podido entrar ni andar por palacio libremente. ¿Y si hay un fallo en la seguridad de palacio que hasta ahora no hemos detectado? ¿No crees que deberíamos averiguarlo para impedir que otro entre y no tenga la cortesía de presentarse?

—Lo averiguaremos si me dejáis hacer a mí.

—Aún no sabemos lo suficiente. Ese hombre podría morir antes de que averiguásemos algo y, en ese caso, Richard correría mayor peligro.

—De acuerdo —accedió Cara con un suspiro—, lo haremos a vuestro modo, siempre y cuando esté claro que yo tengo unas órdenes que debo cumplir.

—¿Qué órdenes?

—Lord Rahl nos ha ordenado que os protejamos con tanto celo como lo protegemos a él. —Cara se retiró la rubia trenza hacia la espal-

da—. Si no vais con cuidado, Madre Confesora, y ponéis innecesariamente en peligro a lord Rahl con vuestra actitud excesivamente prudente, retiraré a Richard el permiso que le di para que os conservara a su lado.

Kahlan se echó a reír, pero la risa se apagó al darse cuenta de que Cara ni siquiera sonreía. Nunca estaba del todo segura de cuándo los mord-sith bromeaban o hablaban en serio.

—Por aquí —indicó Kahlan—. Este camino es más corto y, además, después de recibir a tan insólito visitante, quiero echar un vistazo a los peticionarios. Podría ser una maniobra para desviar nuestra atención de otra persona, de la verdadera amenaza.

La frente de Cara se arrugó como si acabara de recibir una ofensa.

—¿Y por qué imagináis que he ordenado cerrar a cal y canto el Salón de los Peticionarios y dispuesto un anillo de guardias alrededor?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento. Había sido lo correcto.

Dos guardias muy musculosos la saludaron con una inclinación de cabeza, imitados por otros veinte que estaban cerca, antes de abrir de par en par las altas puertas reforzadas con latón que permitían el acceso a un corredor con arcos. A lo largo de los pilares de mármol blanco discurría una baranda de piedra soportada por recios balaustres en forma de jarrón. La barrera que separaba a los peticionarios, agrupados en el salón de algo más de treinta metros de largo, de los funcionarios situados en el corredor era más simbólica que real. Las claraboyas colocadas a casi diez metros de altura iluminaban la sala de espera, mientras que en el corredor reinaba la apagada luz dorada que emitían las lámparas que colgaban del techo, en el punto más alto de cada una de las pequeñas bóvedas.

Era una antigua costumbre que la gente acudiera al Palacio de las Confesoras para solicitar todo tipo de cosas. Los peticionarios eran desde vendedores ambulantes que pedían mediación para solucionar los conflictos sobre quién tenía derecho a ocupar las esquinas más codiciadas, a funcionarios de diversos países que solicitaban una intervención armada para zanjar conflictos fronterizos. Los asuntos que podían resolver los funcionarios municipales se desviaban a las oficinas oportunas. Los problemas que presentaban los dignatarios de los diferentes países se presentaban ante el consejo siempre y cuando se consideraran suficientemente importantes o no pudieran resolverse de otro modo. El Salón de los Peticionarios era el lugar donde los encargados de protocolo decidían qué hacer con las solicitudes.

Cuando Rahl el Oscuro, el padre de Richard, atacó la Tierra Central muchos de los funcionarios de Aydindril perdieron la vida, entre ellos

Saul Witherrin, jefe de protocolo, junto a la mayoría de sus subordinados. Richard derrotó a Rahl el Oscuro y, por ser su hijo y poseer el don, se convirtió en el amo de D'Hara. Luego acabó con las peleas y batallas entre los países que componían la Tierra Central, exigiendo que se rindieran y creando así una fuerza capaz de plantar cara a la amenaza común que representaba la Orden Imperial del Viejo Mundo.

Para Kahlan era motivo de angustia ser la Madre Confesora cuando se rompió la alianza de la Tierra Central, la entidad que agrupaba países soberanos, pero era consciente de que su primera responsabilidad no era preservar tradiciones, sino salvaguardar la vida de su pueblo. Si no la detenían, la Orden Imperial impondría su yugo a todo el mundo y convertiría en esclavos a los habitantes de la Tierra Central. Richard triunfó allí donde su padre fracasó, pero actuó movido por razones totalmente distintas. Kahlan amaba a Richard y sabía que había accedido al poder con buenas intenciones.

Muy pronto se casarían, y su matrimonio crearía una unidad pacífica entre la Tierra Central y D'Hara para siempre jamás. Y, sobre todo, sería la realización personal de su amor mutuo y del más profundo deseo de ambos: ser uno.

Kahlan echaba en falta a Saul Witherrin, pues había sido un ayudante muy capaz. Tras la desaparición del consejo, y con la Tierra Central como parte de D'Hara, los asuntos protocolarios eran muy confusos. Unos cuantos oficiales d'haranianos, frustrados, trataban de atender desde la baranda a los peticionarios.

Al entrar, la Confesora barrió con la mirada la multitud que aguardaba, intentando imaginar la naturaleza de los problemas que se planteaban en palacio ese día. A juzgar por su indumentaria, la mayoría de los peticionarios procedían de la vecina ciudad de Aydindril: trabajadores, tenderos y mercaderes.

También vio a un grupo de niños que conocía del día anterior, cuando Richard la había llevado a que los viera jugar a ja'la. Fue la primera vez que Kahlan asistía a un partido de ese vertiginoso juego y, durante un par de horas, se entretuvo mirando cómo los niños jugaban y reían. Probablemente iban a pedir a Richard que asistiera a otro partido. El joven había animado ardientemente a ambos equipos. Kahlan suponía que incluso si se hubiera decantado claramente por uno de ellos no habría importado; los niños se sentían atraídos hacia Richard. Era como si instintivamente notaran su buen corazón.

Kahlan reconoció a varios diplomáticos procedentes de un puñado de los países menos importantes. Ojalá que estuvieran allí para aceptar la oferta de Richard de capitular pacíficamente y someterse al poder de

D'Hara. Ella conocía a los gobernantes de esos países, les había exhortado a que se unieran a ellos en la causa de la libertad y esperaba que la escucharan.

Asimismo reconoció a un grupo de diplomáticos de algunos de los países más importantes, que poseían un ejército permanente. Ese mismo día estaba previsto que Richard y Kahlan los recibieran, junto a otros representantes recién llegados, para escuchar la decisión que habían tomado.

Ojalá que Richard se vistiera con algo más adecuado a su rango. La ropa para el bosque le había sido muy útil, pero como amo de D'Hara debía ofrecer una imagen más acorde con su nueva posición. Richard era mucho más que un guía de bosque.

Tras haber servido casi toda su vida en un puesto de autoridad, Kahlan sabía perfectamente que, en cuestiones de liderazgo, cumplir las expectativas de la gente solía allanar el camino. Seguramente, las personas que necesitaban un guía en el bosque no habrían contratado a Richard de no haber ido vestido con ropas adecuadas para el bosque. En cierto modo, Richard era el guía de todos en ese traicionero mundo lleno de alianzas que aún no se habían puesto a prueba y nuevos enemigos. Richard solía pedirle consejo; Kahlan tendría que hablar con él acerca de su modo de vestir.

Cuando los congregados vieron a la Madre Confesora entrar con aire resuelto en el corredor, las conversaciones enmudecieron, y todos hincaron una rodilla y bajaron la cabeza ante ella. Pese al hecho sin precedentes de que una persona tan joven ocupara ese puesto, la Madre Confesora era la máxima autoridad en la Tierra Central. La Madre Confesora era la Madre Confesora, sin importar el aspecto de la mujer que ocupara el puesto. Así pues, la gente no se inclinaba ante Kahlan, sino ante una autoridad ancestral.

Para la mayoría de los habitantes de la Tierra Central, los asuntos de las Confesoras eran un misterio. La edad de una Confesora no tenía importancia.

Aunque Kahlan había sido elegida para preservar las libertades y los derechos del pueblo de la Tierra Central, por lo general el pueblo no lo veía del mismo modo. Para la mayoría de ellos, un gobernante era un gobernante. Algunos eran buenos y otros malos. Y, como gobernante de gobernantes, la Madre Confesora apoyaba a los buenos y eliminaba a los malos. Una de sus atribuciones consistía en prescindir de los gobernantes que demostraban ser realmente malos. Ése era el cometido último de una Madre Confesora. No obstante, para el pueblo llano tales asuntos de gobierno no eran más que peleas entre los poderosos.

En el súbito silencio que sobrevino en el Salón de los Peticionarios, Kahlan se detuvo para recibir el homenaje de los visitantes.

Una mujer joven situada de pie contra la pared del fondo contempló cómo todos los que la rodeaban hincaban una rodilla. Su mirada fue de Kahlan a los arrodillados antes de imitarlos.

Kahlan arrugó la frente.

En la Tierra Central, la longitud del pelo de las mujeres denotaba su poder y su posición social. Y los asuntos de poder, por triviales que pudieran parecer en apariencia, se tomaban muy en serio. Ni siquiera se permitía que una reina tuviera una melena más larga que la de una Confesora, y la de ninguna Confesora era tan larga como la de la Madre Confesora.

Esa mujer exhibía una espesa melena castaña casi tan larga como la de Kahlan.

Kahlan conocía a casi todas las personas de alto rango de la Tierra Central; era su deber y se lo tomaba muy en serio. Estaba claro que una mujer con el pelo tan largo tenía que ocupar una posición preeminente, pero Kahlan no la conocía. Probablemente, nadie en toda la ciudad, fuese hombre o mujer, excepto Kahlan, estaría por encima de la desconocida, si es que era oriunda de la Tierra Central.

—Alzaos, hijos míos. —Era la frase formal que esperaban las personas con la cabeza inclinada.

Vestidos y capas hicieron frufrú cuando todos se levantaron. No obstante, la mayoría de los presentes mantuvieron la vista baja por respeto o por miedo innecesario. La mujer se levantó retorciendo entre los dedos un pañuelo muy sencillo mientras miraba a su alrededor. Ella también clavó en el suelo, imitándolos, la mirada de sus ojos castaños.

—Cara —susurró Kahlan—, esa mujer de ahí, la del cabello largo, ¿puede ser de D'Hara?

También a Cara le había llamado la atención, pues había aprendido algunas de las costumbres de la Tierra Central. Aunque la melena rubia de la mord-sith era casi tan larga como la de Kahlan, ella era d'haraniana y no se regía por las mismas costumbres.

—Tiene una nariz demasiado «mona» para ser de D'Hara.

—Hablo en serio. ¿Crees que podría ser d'haraniana?

Cara la observó unos segundos.

—Lo dudo. Las mujeres de D'Hara no suelen llevar vestidos estampados de flores ni de ese corte. Claro que la ropa puede cambiarse según la ocasión o la moda local.

Ese vestido no seguía la moda local de Aydindril, aunque tal vez no sería tan inusual en zonas más remotas de la Tierra Central. Kahlan hizo

un gesto de asentimiento e indicó a un capitán que estaba esperando órdenes que se acercara.

El hombre tuvo que aproximar la cabeza para oír el susurro de Kahlan.

—Mirad por encima de mi hombro y veréis a una mujer de pelo castaño largo de pie contra la pared del fondo. ¿Veis a quién me refiero?

—¿Una joven bonita vestida de azul?

—Ésa. ¿Sabéis por qué está aquí?

—Ha dicho que deseaba hablar con lord Rahl.

Kahlan frunció el entrecejo y se dio cuenta de que Cara hacía otro tanto.

—¿Sobre qué? —inquirió.

—Al parecer está buscando a un hombre llamado Cy... algo. No reconocí el nombre. Según la joven, desapareció el otoño pasado y alguien le dijo que lord Rahl podría ayudarla.

—Ya entiendo. ¿Y ha dicho por qué busca a ese hombre?

El capitán lanzó una rápida mirada a la mujer y se apartó de la frente el pelo rubio rojizo.

—Para casarse con él.

Kahlan asintió con la cabeza.

—Es posible que sea una dignataria, pero en ese caso me avergüenza decir que no sé cómo se llama.

El capitán echó una ojeada a una lista medio destrozada llena de garabatos. Le dio la vuelta y examinó el otro lado hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Ha dicho que se llama Nadine. No ha dado ningún título.

—Capitán, os ruego que os ocupéis de conducir a lady Nadine a una sala de espera privada donde estará más cómoda. Decidle que iré a hablar con ella para ver si puedo ayudarla. Que le sirvan la cena y cualquier otra cosa que desee. Presentadle mis disculpas y decidle que ahora mismo debo ocuparme de un asunto de vital importancia, pero que iré a verla tan pronto como me sea posible y que haré lo que esté en mi mano para ayudarla.

Si realmente esa mujer había sido separada de su amado y lo buscaba, Kahlan comprendía perfectamente su aflicción. Ella misma había estado en esa situación y recordaba la angustia que sintió.

—Me ocuparé de ello de inmediato, Madre Confesora.

—Una cosa más, capitán. —Kahlan contemplaba cómo la mujer retorció el pañuelo—. Decid a lady Nadine que, debido a la guerra con el Viejo Mundo, han surgido problemas y que por su propia seguridad debe permanecer en la habitación hasta que yo pueda ir a hablar con

ella. Apostad guardias armados fuera de la habitación, así como arqueos en el pasillo, a una distancia prudencial a ambos lados de la puerta.

»Si sale, insistid en que regrese enseguida a la habitación y espere. En caso necesario decidle que yo lo he ordenado. Si pese a ello intenta irse —dijo Kahlan mirando fijamente los azules ojos del capitán—, matadla.

El capitán acató las órdenes con una inclinación de cabeza. Kahlan continuó recorriendo el pasillo rápidamente seguida de cerca por Cara.

—Bueno, bueno —comentó la mord-sith una vez que hubieron abandonado el Salón de los Peticionarios—, por fin la Madre Confesora ha recuperado el sentido común. Sabía que tenía una buena razón para permitir que lord Rahl os conservara a su lado. Seréis una digna esposa.

Kahlan giró por el pasillo que conducía a la habitación en el que los guardias custodiaban al hombre.

—No he cambiado de opinión respecto a nada, Cara. Teniendo en cuenta el extraño visitante de hoy, estoy dando a lady Nadine todas las oportunidades para seguir viva, todas las oportunidades que me puedo permitir. Pero te equivocas si piensas que eludiría hacer lo que fuese para proteger a Richard. Además de ser el hombre a quien amo más que a mi vida, Richard es de vital importancia para la libertad del pueblo, tanto de D'Hara como de la Tierra Central. Quién sabe de qué es capaz la Orden Imperial para eliminarlo.

Cara esbozó una sonrisa, que en ese caso fue sincera.

—Sé que él os ama también. Por eso no me gusta que vayáis a ver a ese hombre. Lord Rahl me despellejará viva si cree que he permitido que os pongáis en peligro.

—Richard nació con el don, y yo también nací con magia. Rahl el Oscuro enviaba escuadras a matar a las Confesoras porque un solo hombre no representa ningún peligro para una Confesora.

Kahlan sintió la angustia familiar y a la vez lejana de las muertes de todas sus hermanas Confesoras. Era una pena lejana porque era como si hubiera sucedido mucho tiempo atrás, aunque apenas había transcurrido un año. Durante los primeros meses se había sentido culpable por seguir viva mientras que todas ellas estaban muertas, como si de algún modo las hubiera traicionado por haber escapado de todas las trampas que le tendieron. Sólo quedaba ella.

Con un giro de muñeca, Cara asió con fuerza el agiel.

—¿Incluso un hombre como lord Rahl, nacido con el don?, ¿incluso un mago?

—Incluso un mago e incluso si, a diferencia de Richard, sabe cómo usar su poder. Por mi parte, no sólo sé cómo usar mi poder, sino que tengo una amplia experiencia. He perdido la cuenta del número de...

Mientras las palabras de Kahlan se apagaban, Cara hacía girar el agiel entre los dedos, examinándolo.

—Supongo que el peligro será aún menor estando yo presente.

Llegaron al corredor que buscaban, suntuosamente decorado con alfombras y revestido con paneles. El pasillo era un hervidero de soldados armados hasta los dientes con espadas, hachas y lanzas. El prisionero era retenido en una elegante sala de lectura de pequeñas dimensiones, situada muy cerca de la sencilla sala que Richard gustaba de usar para reunirse con sus oficiales y estudiar el diario que había encontrado en el Alcázar del Hechicero. Para evitar un posible intento de fuga, los soldados se habían limitado a meter al hombre en la estancia más próxima al lugar en el que lo habían detenido, y allí lo mantenían prisionero hasta que se decidiera qué hacer con él.

Kahlan tocó suavemente el codo de un soldado para que se apartara y dejara paso. Los músculos de ese brazo desnudo eran tan duros como el hierro, así que la lanza que empuñaba y apuntaba hacia la puerta cerrada no habría estado más firme que si hubiera estado incrustada en granito. Hasta cincuenta lanzas semejantes apuntaban hacia la puerta, tras la cual no se oía nada. Agachados por debajo de las lanzas, más soldados empuñando espadas o hachas vigilaban la puerta.

El soldado se volvió al notar los suaves tirones que daba Kahlan.

—Déjame pasar, soldado.

El hombre obedeció. Otros desviaron la mirada y también se apartaron. Cara se fue abriendo paso por delante de Kahlan a empujones. Los soldados se apartaban de su camino de mala gana, no por falta de respeto, sino porque les inquietaba el peligro que aguardaba detrás de la puerta. Aunque se apartaban, mantenían las armas apuntando hacia la recia puerta de madera de roble.

En el interior, la habitación sin ventanas y tenuemente iluminada olía a cuero y sudor. Un hombre desgarbado estaba sentado en cuclillas en el borde de un escabel labrado. Era tan flaco que, en caso de que hiciera un movimiento en falso, los soldados tendrían dificultades para hallar carne en la que hundir tanto acero. La mirada del joven vacilaba entre las armas y las adustas expresiones hasta que se fijó en el vestido blanco de Kahlan, que se acercaba a él. Entonces alzó la vista, expectante, y sacó la lengua para humedecerse los labios.

Cuando los fornidos soldados con uniforme de cuero y cota de malla vieron cómo Kahlan y Cara se abrían paso hacia la estancia, uno de ellos descargó el costado de su bota en la parte baja de la espalda del prisionero y lo arrojó hacia adelante.

—De rodillas, perro sarnoso.

El joven, vestido con un uniforme militar excesivamente grande para él, compuesto por prendas de muy diverso origen, alzó la vista hacia Kahlan y luego miró por encima del hombro al soldado que le había propinado el puntapié. Entonces agachó la cabeza cubierta por una revuelta mata de pelo oscuro y se protegió con un brazo larguirucho, esperando un golpe.

—Ya basta —dijo Kahlan en tono autoritario—. Cara y yo queremos hablar con él. Todo el mundo fuera, por favor.

Los soldados vacilaron. No les gustaba dejar de apuntar con sus armas al joven, que estaba encogido en el suelo.

—Ya habéis oído —intervino Cara—. Fuera.

—Pero... —empezó a protestar un oficial.

—¿De veras crees que una mord-sith no puede con ese tipo tan canijo? Vamos, esperad fuera.

A Kahlan le sorprendió que Cara no alzara la voz. Aunque las mord-sith no tenían necesidad de gritar para imponerse, era insólito que se reprimiera teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba. Los soldados comenzaron a retirarse. A medida que desfilaban por la puerta lanzaban miradas de soslayo al prisionero, en el suelo. El último en salir fue el oficial, que así la espada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Él mismo cerró suavemente la puerta con la otra mano.

El joven prisionero levantó la mirada por debajo del brazo hacia las dos mujeres, situadas a tres pasos de él.

—¿Vais a matarme? —preguntó.

Kahlan eludió una respuesta directa.

—Hemos venido a hablar contigo. Soy Kahlan Amnell, la Madre Confesora de...

—¡La Madre Confesora! —El prisionero se puso de rodillas y en su rostro apareció una sonrisa juvenil—. ¡Qué hermosa eres! No esperaba que fueses tan hermosa.

Dichas estas palabras, apoyó una mano en una rodilla e hizo ademán de levantarse. Instantáneamente, Cara lo amenazó con el agiel.

—Quédate quieto donde estás.

El joven se quedó paralizado, mirando con fijeza el agiel rojo que tenía delante del rostro. Entonces volvió a hincar la rodilla sobre la alfombra carmesí. Las lámparas colocadas encima de las columnas acanaladas de caoba, que sostenían hornacinas por encima de unas estanterías a ambos lados de la sala, bañaban con luz titilante la cara huesuda del hombre. Apenas era un muchacho.

—¿Puedo recuperar mis armas? Por favor. Necesito mi espada. Y si no, al menos me gustaría recuperar el cuchillo.

Cara suspiró irritada, pero Kahlan fue la primera en hablar.

—Estás en una situación muy precaria, muchacho. Si se trata de una especie de broma, te advierto que ninguno de nosotros está de humor para aguantarla.

El joven asintió con la cabeza, muy serio.

—Entiendo. No se trata de una broma, lo juro.

—En ese caso, dime lo que dijiste a los soldados.

Nuevamente, el prisionero sonrió mientras alzaba una mano y señalaba con desenfado hacia la puerta.

—Bueno, tal como estaba diciendo a esos hombres cuando...

Kahlan avanzó hacia él apretando los puños a los costados.

—¡Ya te he dicho que esto no es un juego! ¡Sigues vivo sólo gracias a mí! ¡Quiero saber qué estás haciendo aquí y quiero saberlo ahora mismo! ¡Repíte lo que les has dicho!

El joven parpadeó.

—Soy un asesino enviado por el emperador Jagang. He venido para matar a Richard Rahl. ¿Puedes decirme dónde encontrarlo, por favor?